

Cultura e imperialismo hispánico. Sobre la idea de América en Juan Valera

*Culture and Imperialism
On Juan Valera's idea of Americaa*

RAFAEL HERRERA-GUILLÉN*

Recepción: 11/05/15
Aprobación: 8/06/15
Reenvío: 23/06/15

Resumen: En este artículo se señala que con Juan Valera se puede comprender la génesis de la relación que existe entre cultura e imperialismo. El objetivo subyacente de este trabajo consiste en mostrar que el mundo cultural imperante llega tarde a conclusiones correctas porque ignora deliberadamente otros entornos culturales. Muchas verdades son marginadas hasta que pasan el filtro del prestigio, es decir, del poder. Una vez que pasan este filtro, la vieja verdad se presenta como nueva, como una propiedad de reciente creación. Así se va construyendo el olvido y se imposibilita el diálogo. Esto es lo que le sucede a la cultura hispanoamericana, cuya visibilidad ha sido y continúa siendo marginada a causa de su condición secundaria respecto de los centros epistémicos hegemónicos actuales.

Palabras clave: Juan Valera, Hispanoamérica, *Cartas americanas*, *Nuevas cartas americanas*, Cultura, Imperialismo.

Abstract: *This article points out that Juan Valera is a precedent that should be taken into account to fully understand the genesis of the relation between culture and imperialism. The underlying objective of this paper is to show that the prevailing cultural world reaches correct conclusions very late, because it deliberately ignores other cultural environments. Many truths are marginalized unless they go through the prestige filter, that is to say, the power filter. Once the filter is overcome, the old truth is presented as a new one to the powerful academic world, as a newly created property, indeed. In this way, the oblivion is built and the dialogue is impossible. This is what constantly happens to Hispano-American culture whose visibility has been marginalized due to its secondary condition into the current hegemonic epistemic centers.*

Keywords: *Juan Valera, Hispano-America, American Letters (Cartas americanas), New American Letters (Nuevas cartas americanas), Culture, Imperialism.*

* Universidad Nacional de Educación a Distancia, España, rherrera@fsf.uned.es

Este trabajo se desarrolló en el marco del proyecto de investigación “Ideas que cruzan el Atlántico: La creación del espacio intelectual hispanoamericano”, (Referencia: FFI2012-32611) financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

Una primera versión de este artículo fue leída en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx) el 14 de abril de 2015. Agradecemos a la doctora Hilda Naessens por su amable invitación a debatir esta investigación, a los asistentes, colegas y estudiantes, cuyas consideraciones se han tomado en cuenta en esta redacción final.

Así es como uno se imagina al Ángel de la Historia. Su rostro está vuelto hacia el pasado. Donde nosotros percibimos una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única que amontona ruina sobre ruina y la arroja a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado, pero desde el Paraíso sopla un huracán que se enreda en sus alas, y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irresistiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras los escombros se elevan ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

Walter Benjamin

1. CULTURA E IMPERIALISMO HISPÁNICO

Hasta hoy, la historia se ha desplegado como hegemonismo imperial. Frente a los muertos y a la destrucción producida por la llamada “civilización” hubo algunas voces que, como el Ángel de la Historia, contemplaron el pasado genocida para denunciar las retóricas paradisíacas con que cada Imperio se presenta. Contra el sumo bien del catolicismo con que el Imperio español justificaba sus carnicerías reaccionó Bartolomé de Las Casas; contra el sumo bien de la Ilustración con que el Imperio napoleónico justificaba sus carnicerías, reaccionó Goya; contra el sumo bien del liberalismo con que el Imperio británico justificaba sus carnicerías, reaccionó Conrad; y, finalmente, contra el presunto sumo bien de la entera civilización con que todo Occidente ha justificado sus carnicerías, reaccionó Ángel Ganiwet.¹

¹ En “Ángel Ganiwet: la postcolonialidad hispánica frente al colonialismo europeo” de Herrera (2015) se muestra la necesidad de ir más allá de la tradicional comprensión dual de Ganiwet, como mero antecedente de la generación del 98 o como antecedente del fascismo católico.

Aquí nos centraremos en la figura de un escritor y diplomático español: Juan Valera (1824-1905),² en cuyas *Cartas americanas* (1889)³ y *Nuevas cartas americanas* (1890)⁴ se hallan los primeros intentos europeos por reconstruir las relaciones de Europa con el mundo, más allá de los lugares comunes del hegemonismo epistémico del imperialismo. Valera anticipó problemas de la relación entre cultura e imperialismo que un siglo después serían un lugar común en el mundo académico, gracias a trabajos fundamentales como los de Edward Said. Quedan en su interpretación restos de iberocentrismo; no obstante, la posición de Valera apunta a un cambio en el *locus* de interpretación; España y Europa no son el foco de la perspectiva, sino que aspiran a conjugar una visión plural en la cual se aúnan los elementos tanto hispano europeo como americano.

El escritor español es quizá el primer antecedente que sitúa la cuestión de lo hispánico en el marco de un mundo global con diversas perspectivas. En sus análisis comienza a producirse un salto cualitativo, cuya confluencia con el debate contemporáneo sobre un mundo poscolonial o posimperial puede resultar relevante; rasgos de ello se observan en su interpretación de ciertas actuaciones políticas de Europa sobre América. Condenó enérgicamente la participación de España en la invasión de México impulsada por Francia en conniven-

² Juan Valera y Alcalá Galiano nació en Cabra, pueblo de Córdoba (Andalucía, España), el 18 de octubre de 1824 y falleció en Madrid el 18 de abril de 1905. Como novelista es considerado una de las figuras más importantes del realismo literario. Como pensador, su obra puede ser considerada como la de un liberal, con influencia del idealismo, que defendió una fuerte comprensión cosmopolita de la cultura hispánica. Su labor como embajador en Lisboa, Bruselas, Viena y Washington contribuyó notablemente a su profunda perspectiva global de la cultura en español, tanto en el marco europeo como norteamericano. Es considerado uno de los mejores críticos literarios del siglo XIX por el hispanista británico Gerald Brenan. A su depurado estilo, se sumaba una vasta cultura cimentada en su profundo conocimiento de la cultura y de los idiomas francés, alemán, italiano e inglés. Es, sin duda, uno de los más agudos ensayistas del siglo XIX.

De personalidad vitalista y epicúrea, en todas sus obras supo integrar la ironía con elegancia. Su libro más célebre y con mayor repercusión internacional fue la novela *Pepita Jiménez* (1874), que fue traducida a múltiples idiomas, inspirando composiciones musicales como la pieza homónima de Albéniz, así como obras fílmicas como la película del cineasta mexicano Emilio Fernández, igualmente homónima.

³ En adelante se citará por *CA*.

⁴ En adelante se citará por *NCA*.

cia con Inglaterra, para imponer a Maximiliano de Habsburgo como emperador títire.⁵

Su posición no era estratégica, sino de principios. Su crítica a la política española en México y, por extensión, en el resto de repúblicas americanas independientes no se centraba en una cuestión de cálculo en torno a la adecuada posición que España debía adoptar en función de su secundaria posición internacional. Valera era realista, sin duda, pero su perspectiva nacía de una convicción intelectual profunda, bien articulada sobre la realidad gracias a su conocimiento de la situación internacional europea y americana.

A su juicio, el tardío imperialismo español tenía su origen en una absurda reverberación nostálgica de las oligarquías españolas, que actuaban al margen de las prioridades de la nación española y de sus intereses. Para Valera era crucial dejar claro que la separación política de las dos orillas hispánicas era definitiva e incluso positiva; cualquier intento de España por recuperar los viejos proyectos de instaurar monarquías borbónicas en América⁶ no era más que la consecuencia de un delirio propio de políticos irresponsables e ignorantes de la realidad política internacional.⁷ Aquellas acciones imperiales de ocupación estaban fuera de lugar porque las nuevas repúblicas tenían derecho a su soberanía y porque, además, no era un proyecto existencialmente relevante para España como nación, ni mucho menos para el hambriento pueblo español.

Frente a las aventuras tardocoloniales, Valera confiaba en el axioma liberal de reconstruir nuevas relaciones de prosperidad común basadas en la economía y en la cultura. A su juicio, las dos orillas

⁵ “Justo es que todas estas repúblicas, ya que se separaron de la metrópoli y de los estados de Europa, se enojen de toda tutela o curatela que aspiremos a imponerles. Nada más impolítico, absurdo y deplorable que nuestra guerra del Pacífico y que la expedición a Méjico, que puso al infeliz Maximiliano sobre su inestable y peligroso trono” (CA, “Poesía argentina”, Carta IV, 14 de mayo de 1888). En adelante solo se indicará el número romano correspondiente a cada carta citada.

⁶ Sobre el viejo proyecto de instaurar monarquías borbónicas en los diferentes nuevos estados americanos, cuyo origen se remonta a José de Ábalos véase a Herrera (2015) en “José de Ábalos: España como imperio de monarquías americanas”, cap. 2 y 3.

⁷ “Delirio fue, en mi sentir, el más o menos vago proyecto, no nacional, sino palaciego, que hubo, tiempo ha, en España, ya de levantar en la misma Méjico, ya en Quito, un trono para algún príncipe o semipríncipe de nuestra dinastía. España, por dicha, no piensa ya, si es que pensó alguna vez, en nada semejante, y hasta abomina de ello” (CA: “Poesía argentina”, IV, 14 de mayo de 1888).

atlánticas debían tener en el comercio el más potente elemento de fortalecimiento común. Flórez Estrada había invocado décadas antes la necesidad de llegar a un nuevo pacto hispánico fundado en la economía y en la hermandad cultural.⁸ Valera ahonda en esta perspectiva, pero lo económico representaba una consecuencia necesaria, no solo táctica, de su convicción moral y política fundamental, según la cual el vehículo nuclear de las relaciones entre las naciones hispánicas debía ser la cultura. El imperio español había tejido un poder sobre América que ya no podía desplegarse mediante acciones materiales directas militares, pero tampoco económicas. La gran baza española en América residía en la dimensión cultural, como residuo eterno de un poder hegemónico que no había decaído. La lengua, la literatura y la cultura eran la nueva forma imperial decisiva. No obstante, en este nuevo estatus imperial, la península ya no tenía el cetro ordenador, sino que había actuado como un agente al servicio de la gran astucia de la razón hispánica que, para entonces, se desplegaba en América con nuevo impulso. El Ángel de la historia hispánica, como veremos, será el agente imperial pseudomístico cuya voz se va desplegando en la historia, más allá de imperios, cetros y tronos que no son más que peones en manos de la gran voz del dios de la civilización hispánica que se expresa en la literatura, desde Cervantes hasta Rubén Darío.

Las viejas ambiciones territoriales y las nuevas aspiraciones económicas de España debían ceder el lugar a una política de reconocimiento del otro hispano de América como un igual, como un hermano cultural al servicio de un mismo dios: la civilización hispánica.

La cultura es la gran expresión inmarcesible del imperialismo en su sentido más ambicioso, en tanto es un imperialismo del alma, de la subjetividad, del lenguaje. Como dijo Valera, ningún Bolívar podrá deshacerse del imperio de Cervantes. Valera no hablaba ingenuamente de una construcción de relaciones poéticas o literarias; hablaba de política en todo caso, pero desde una perspectiva de unidad global de

⁸ Álvaro Flórez Estrada (Pola de Somiedo, Asturias, España, 1765-1853) fue un escritor, político y economista liberal, en cuya obra de 1810, *Examen imparcial de las disensiones de la América con España*, intentó resolver la cuestión de las independencias americanas respecto de España, a través de la creación de un proyecto común para ambos hemisferios hispánicos, en donde, a través de la creación de una especie de mercado común hispánico, y mediante tratados de mutuo reconocimiento y apoyo, la vieja metrópoli reconocería a las nuevas naciones americanas. Sobre Flórez y América véase Rafael Herrera (2012) y José María Portillo (2004).

lo hispánico, que no establecía un *locus* de enunciación privilegiado. La unidad cultural en Valera constituía como una especie de *locus* común, en el que España jugaba su baza en igualdad. Esta unidad cultural entre España y América, en donde no hubiera un centro de referencia, se puede considerar como una especial forma de utopía posimperial. En el pensamiento de Valera se comienza a desplazar el centro de interpretación iberoocéntrico, para situarlo en una realidad cultural global sobre la que se podría construir una política y un comercio común y próspero. Se trataba de refundar las relaciones sobre la cultura y, por extensión, el comercio; no obstante, el elemento hegemónico imperial no es del todo superado, en la medida en que la cultura se sigue pensando como elemento, a la vez, de cohesión y sometimiento civilizacional.

Valera tenía clara la perspectiva de lo que posteriormente se llamaría “mercado cultural”. Uno de sus mayores deseos era la creación de un gran mercado cultural hispánico, pero su perspectiva no solo se refería a la América otrora española. La perspicacia e inteligencia del escritor español se ponen de manifiesto en su aguda comprensión del destino de la cultura en español como un asunto americano en todas sus vertientes: europea, latina y anglosajona. Su idea de un mercado cultural hispánico ponía el acento en América como totalidad, por eso era crucial para él reconocer que el futuro del español también se iba a jugar, en breve, en la parte anglosajona del Continente. En carta a Menéndez Pelayo, Valera escribió lo siguiente desde Washington: “si fuéramos más hábiles los españoles [...] habríamos de tener aquí los que escribimos o hemos escrito en España gran auditorio y rico mercado. La decadencia en que hoy están las letras en Francia nos ayudaría bastante a esto [...] pronto habrá en esta República 60 millones de almas, y la lengua más difundida, sobre todo en el sur y en el oeste, después de la inglesa, es la española” (Valera, 2003: 22).

Para Valera era una evidencia que, en la era moderna, la realidad hispánica podía fortalecerse como unidad cultural si se fraguaba una potente red de relaciones comerciales bien estructuradas. Esta idea del comercio intelectual global hispánico se basaba en la esperanza de [que los españoles y los americanos se centraran en] “reanudar sus antiguas relaciones, en estrechar y acrecentar su comercio intelectual”

(CA, Dedicatoria al excelentísimo señor don Antonio Cánovas del Castillo).

Sin embargo, era consciente de que los españoles vivían de espaldas a América, prueba inmediata de ello fue que sus *Cartas americanas* tuvieron más repercusión en Hispanoamérica que en España. Valera fue quizá el primero que detectó y lamentó profundamente la indiferencia española. Consideraba esta actitud un tremendo error. Por el contrario, se mostró siempre muy atento a la realidad cultural de América y comprendió muy pronto la necesidad políticamente vital para España de atender y fortalecer las relaciones con aquellas tierras como parte del futuro de la vieja metrópoli. Esta unidad cultural representaba un entorno inigualable para fundar un proyecto comercial y político de primera magnitud para ambas partes; Valera pensaba especialmente en España:

Entendidas las cosas así, es doble falta por parte de España el desconocimiento general (y no niego que hay excepciones y personas que saben aquí cuanto de ahí hay que saber) del movimiento intelectual de esa República. Ustedes nos leen, nos conocen, nos estudian; pero en España se sabe poquísimo de los autores colombianos. A remediar esto ha venido la creación de la Academia Colombiana de la Lengua, correspondiente de nuestra Real Academia Española. Así la fraternidad se restablece, y así revive la comunicación entre España y su antigua colonia, hoy emancipada. De esperar es que este elevado comercio, digámoslo así, se extienda y divulgue algo más, para honra y provecho de los que escribimos, y que un libro de Historia, una novela o un poema de ingenio de Colombia halle su público en Madrid, sea objeto de nuestra crítica, llame aquí la atención e interese y se venda en nuestras librerías, con relación a su mérito, como cualquier obra de un escritor peninsular.

Mi deseo es que todo libro colombiano de algún valor deje de ser una curiosidad bibliográfica en España, y, naturalmente, que también los libros españoles lleguen a tener en Colombia más publicidad de la que tienen hoy” (CA, “El Parnaso colombiano”, A don José Rivas Groot, II, 20 de agosto de 1888).

Desde luego, España ya no podía ejercer ningún tipo de tutela sobre América, ni política ni literaria ni económica. Lo hispánico como realidad común era una evidencia para Valera que podía instilar a todos, en igualdad, superando cualquier deseo iberocentrista de preeminencia por parte de España.

Muy estimado señor mío: En mi sentir, y ya lo he dicho no pocas veces, sin que crea yo que mi aserto pueda ofender al colombiano más celoso de su nacional autonomía, la literatura de su país de usted es parte de la literatura española, y seguirá siéndolo, mientras Colombia sea lo que es y no otra cosa. No quita esto que se dé diferencia dentro del género; que en la unidad quepa la variedad con holgura; que sobre la condición general de españolismo se note en toda obra del ingenio de Colombia un sello especial y característico, y menos impide que, con el andar del tiempo, pueda llegar lo que Colombia intelectualmente produzca a igualar y aun a superar en mérito y en abundancia la producción literaria de esta península. (CA, “El Parnaso colombiano”, A don José Rivas Groot, II, 20 de agosto de 1888).

Para restaurar y reconducir las relaciones entre países hispánicos, ambas orillas debían creer en sí mismas y reconocer su propio valor y prestigio literario, al margen de otras culturas predominantes; no obstante, había que neutralizar el colonialismo cultural británico y francés que se había apoderado de las élites criollas.

Tulio Halperín Donghi (1975: 280) propuso la tesis de que a la independencia política respecto de España, le sustituyó un nuevo “pacto” colonial que sometió a las nuevas repúblicas latinoamericanas a un nuevo proceso de control, esta vez económico y cultural, de Inglaterra y Francia respectivamente. Estas nuevas potencias europeas hegemónicas patrimonializaron la vanguardia de la modernidad como de la civilización, además extendieron el desprestigio sobre las instituciones políticas y culturales hispánicas precedentes. Los paradigmas de esta actitud antiespañola de las élites criollas se encuentran sobre todo en el libro *Facundo: civilización y barbarie* de Sarmiento y en las críticas de Francisco Bilbao o Juan Bautista Alberdi, quien había escrito que “el día que dejamos de ser colonos, acabó nuestro parentesco con España; desde la República, somos hijos de Francia” (Beorlegui, 2004: 212).

La indiferencia española por los asuntos americanos y el desprecio americano por sus tradiciones hispánicas representaban un muro casi infranqueable que debilitaba la posición de ambos hemisferios para hacer frente a las nuevas potencias coloniales europeas. Juan Valera tomó en serio la situación, sin embargo, a la mayoría de sus contemporáneos españoles, literatos o políticos les resultaba irrelevante. En obras como las *Cartas americanas* y las *Nuevas cartas americanas* denunció amarga e irónicamente el desprecio que expresaban los latinoamericanos por su propia herencia española, la cual, a pesar de todo el rechazo que expresaban, los constituía en lo más íntimo. Repudiar lo español era como repudiarse a sí mismos; de la misma manera que los españoles se ignoraban a sí mismos cuando ignoraban la realidad americana.

Valera quería salvar la unidad cultural hispana, dado que la política estaba ya irremisiblemente perdida; no formaba parte de los tiempos, no entraba en sus convicciones y la económica estaba en manos de las grandes potencias europeas. Su posición cobra hoy una actualidad fundamental. Si es verdadero el diagnóstico de que la cultura en español en el siglo XXI se elabora desde ámbitos universitarios anglosajones que dirigen el destino de lo hispano-latino, entonces Valera se nos presenta como el gran profeta de un destino que deploraba y sobre el que el mundo hispánico debe reflexionar nuevamente con profundidad. Su pronóstico sobre Hispanoamérica era definitivo: si los americanos no querían en modo alguno ser españoles, terminarían por no ser ellos mismos y su destino lo dirigirían las instituciones culturales anglosajonas. Del mismo modo, sabía que si los españoles se olvidaban de América dejarían de ser la realidad atlántica de Europa y no serían ellos mismos tampoco; sin embargo, Valera no se rendía: “hay en todos los países de lengua española cierta unidad de civilización que la falta de unidad política no ha destruido” (CA, Dedicatoria al excelentísimo señor don Antonio Cánovas del Castillo). La relación intrínseca entre cultura e imperialismo se ponía de manifiesto en el hecho de que una potencia cultural sobrevivía a sus elementos políticos durante siglos. Las huellas del imperio, el imperialismo mismo, sobrevivía pujante gracias a la cultura, cuyo poder en el lenguaje y la literatura tenían un destino propio, superior a la monarquía y a cualquier actor político del pasado o del futuro. La libertad que canta el poeta

se expresa siempre en la lengua sanguinaria del imperio. El español es un hecho irrevocable para América, su literatura es, a la vez, la forma en que todo pueblo hispánico podía constituirse en su libertad, pero sin poder jamás obliterar el eco funesto del viejo poder.

Lo que había que hacer era fortalecer esa “cierta unidad” que, a su juicio, corría el peligro de perderse. En Valera, lo literario se transformaba una y otra vez en una cuestión política que transcendía su primario interés estético y su ideal de la creación de una potente industria cultural hispánica. Su reflexión estética tenía como contexto una reflexión sobre la identidad de los pueblos hispánicos. Así lo dice en las *Nuevas cartas americanas*: “Aunque mi propósito al escribirlas [las *Nuevas cartas americanas*] es puramente literario, todavía, sin proponérmelo yo, lo literario trasciende en estos asuntos a la más alta esfera política” (*NCA*, Dedicatoria al excelentísimo señor don Antonio Flores, Presidente de la República del Ecuador).

Más allá de la lucha política partidista había una realidad política superior que se sintetizaba en la realidad económica y cultural del país. Valera depositaba su confianza en el poder político de la economía, como verdadera aliada de la cultura. A su juicio, el problema no era que gobernaran liberales o reaccionarios, sino que el país tuviera buenos libreros capaces de generar relaciones fuertes entre los países de habla española. Su objetivo era que “los hombres de lengua o raza española nos confederemos intelectualmente y para ello nos conozcamos mejor” (*NCA*, “España desde Chile”, A don Jorge Huneeus Gana).

Valera aparece como el representante minoritario en España de la idea de una relación de cierta igualdad con los colegas de América. Los pueblos hispánicos debían retomar sus relaciones, profundizando en su conocimiento en igualdad, sin tutelas, superando los prejuicios seculares de la relación colonial, que hacían de España un centro metropolitano que dominaba al otro colonial.

Esta apertura valeriana quería romper con la imagen iberocéntrica de España como *locus* de enunciación privilegiado, que inspiraba el justo rechazo y resentimiento de las repúblicas latinoamericanas. No podemos olvidar que Valera hablaba desde América; es decir, su “*locus* escriturario” no era meramente circunstancial, él conocía perfectamente la reversibilidad de pensar en España desde América. Ya no existe un fuerte centro emisor epistemológico metropolitano. La

espacialidad que ocupa la realidad global hispanoamericana no se corresponde con una identidad racial ni cultural específica ni nítida, sino con un mestizaje en sentido absoluto. Frente al mestizaje en sentido relativo, que correspondería a la definición tradicional de una realidad identitaria producida como resultado de la mezcla de identidades presuntamente puras, el mestizaje absoluto no se corresponde con una mezcla de purezas precedentes, sino con la liquidación cosmopolita de la identidad férrea correspondiente a una ontología del ser euro-parmenidea.

Una de las características del espacio global hispano-americano consiste en el desplazamiento asimétrico del idioma. El instrumento de emisión del mensaje de ordenamiento epistemológico no solo no tiene un centro de difusión único, también produce realidades de ordenación epistémica desde centros de poder que no le corresponderían por tradición histórico política. Sobre este punto, Valera fue el primero que intuyó, con genial anticipación, que el castellano había dejado de ser el patrimonio de España. El centro emisor de legitimidad del idioma ya no correspondía al país europeo en donde históricamente había nacido. Desde luego, las repúblicas latinoamericanas tenían y ejercían con derecho propio un uso completamente legítimo y libre del español.

Valera captó que el futuro del idioma español ya no se correspondía con la espacialidad territorial que históricamente le había sido propia en la metrópoli y en sus antiguos territorios americanos. El español era una lengua que se iba a desterritorializar para globalizarse respecto de sus espacios tradicionales de emisión y recepción. En tal sentido, aquel escritor peninsular comprendió muy pronto que el español no era patrimonio de España, pero tampoco era exclusivo de la Hispanoamérica, pues pertenecía también a la América del norte anglosajón. En tal sentido, aquel embajador y novelista señaló la potencialidad del español como el vehículo de unión de una gran comunidad que se extendía por Europa y “las tres Américas”: la española, la portuguesa y la anglosajona; su percepción de lo hispano-americano, *avant la lettre*, se verifica también porque su visión de lo hispánico como realidad de toda América tenía en Europa su otro vértice, pero no solo en la Europa ibérica, sino en todo Europa. Esta idea se observa en su postura crítica sobre el futuro del castellano frente a las oleadas

de emigrantes no hispánicos (italianos, irlandeses, alemanes...) a tierras americanas. Así, por ejemplo, frente al presunto peligro de que se perdiera el castellano en Argentina a causa de la masiva inmigración italiana, Valera afirmaba que

La lengua es el signo característico que tardará más en perderse. La lengua además no es lazo sólo que une entre sí a los argentinos, sino vínculo superior que no puede menos de estrechar y ligar en fraternal concierto a dicha república con muchas otras, todas, digámoslo así, oriundas de España, y que se extienden por las tres Américas, desde más allá de la Sierra Verde y del Río Bravo del Norte hasta la Tierra del Fuego (NCA, “Vocabulario rioplatense razonado”, Al señor Daniel Granada).

Valera no fue ingenuo a esta realidad futura hispanoamericana, detectó los graves problemas de cohesión que dificultaban lo que, a su juicio y deseo, debiera ser una constelación plural pero hermanada de intereses y afectos comunes. El mayor error que podían cometer las jóvenes repúblicas era construir su identidad latinoamericana a través del resentimiento hispánico, alentado por potencias rivales de España como Inglaterra y Francia y basado en mitologías historicistas. El odio americano hacia España, según nuestro autor, encubría un odio inconsciente hacia sí mismo, el cual llenaba de inferioridad a las repúblicas latinas y era aprovechado por otras potencias que gozaban de un reconocimiento acrítico y casi reverencial. La hispanofobia solo podía debilitar y abrir el espacio de dominación cultural y económica del resto de Europa sobre América una vez más, repitiéndose así la misma estructura colonial metrópoli-colonia fundada por Portugal y España, de la que ingenuamente querían huir los americanos, echándose en brazos de otras potencias europeas que venían al continente a repetir la misma estructura de dominación en su versión suave y eficaz de explotación capitalista. Con el fin de neutralizar esta reedición de la colonialidad europea sobre la América española, Valera lanzó su apuesta de unidad abierta, plural y mestiza entre territorios hispanos, localizados histórica y políticamente y deslocalizados. El escritor español reconocía que la independencia política era siempre posible y legítima, pero la destrucción idiomática tocaba ya con la identidad y el

ser, de tal manera que su transformación o ruptura implicaba el fondo íntimo de una realidad ontológica.

La lengua que había configurado a españoles y americanos podía resultar un útil trasfondo común para la configuración de una realidad política más ambiciosa. Una vez que los americanos habían ganado justamente su independencia política, lo inteligente era fortalecer sus lazos con la hispanidad europea y aprovecharlos económica y políticamente en su propio beneficio, en lugar de trasladar el imperio de legitimidad epistemológica a Francia. Antes de que reconocieran esta oportunidad, ambos hemisferios hispanos saldrían de su postración cultural y política a escala global. Al respecto, la relación entre cultura e imperialismo constituía un dispositivo de construcción íntima de la identidad, cualquier intento por neutralizarlo podía resultar en impotencia. “Bolívar pudo sacudir el yugo del tirano Fernando VII; pero el otro yugo, suave y natural, del Manco de Lepanto y del ejército de escritores que le sigue, es yugo que nadie quiere, ni debe, ni puede sacudir” (CA, “Poesía Argentina”, A don Enrique García Meróu, carta III).

La huella del imperio era una herencia común e irrevocablemente constitutiva de la cultura hispano-americana. Para Valera, Bolívar era un héroe español como lo fue de Hispanoamérica. El fin de la monarquía hispánica representó el principio de la construcción de una nueva comunidad abierta globo hispánica; en las esperanzas de Valera se debía ir más allá de la mera comunidad lingüística.

Valera intuyó pronto el traspaso hacia el nuevo mundo del liderazgo político, jurídico, económico y político europeo. Desde esta posición teórica global, Valera descendió a las cuestiones aparentemente más triviales. Con genial perspicacia, observó que una revista neoyorkina, como en la que él publicaba, constituía un enclave fundamental para convertirse en un foco de construcción de lo hispánico en “toda” América.

Valera comprendió que la América del norte constituía un *locus* inmejorable para el fortalecimiento de la cultura hispánica del sur, no solo porque, a diferencia de España y Latinoamérica, Estados Unidos ya contaba con una infraestructura mercantil y cultural muy avanzada, sino porque lo hispánico era también patrimonio del norte. “[Una revista neoyorkina esta] muy bien *situada* para poner en comunicación mental a los nuevos pueblos de América que hablan la lengua castella-

na, ser vehículo de las ideas entre unos y otros y contribuir a que reine y prevalezca cierta unidad entre sus diferencias y opiniones” (Valera, 2003: 46).

Repárese en la cursiva: la situación, el lugar y el espacio del norte son potencialmente hispanoamericanos. Lo hispano constituía ya una realidad cultural de los Estados Unidos. Por tanto, podía preverse una proyección incomparable en aquel país. Desde el norte, la tierra anglosajona, también se podía construir el sur, pero no mediante la imitación y la importación de ideales, conceptos e instituciones, sino con el asentamiento progresivo y material de lo hispano en las tierras del norte.

El camino que a menudo habían seguido las jóvenes repúblicas latinoamericanas era el de la imitación fracasada de las instituciones del norte. Valera señalaba ahora otro camino congruente: en lugar de imitar al vecino estadounidense había que propagarse culturalmente en su territorio para hacerlo parte del propio espacio hispánico. La historia política había separado a las naciones hispanas, pero sus literaturas conformaban una identidad comunitaria inquebrantable. En tal sentido, incluso las obras más hispano fóbicas escritas desde América, como por ejemplo *Facundo*, constituían parte del gran patrimonio común de lo español. “Para los circunspectos y juiciosos es resultado satisfactorio el reconocer que la literatura española y la hispanoamericana son lo mismo. Contamos y sumamos los espíritus, y no el poder material, y nos consolamos de no tenerlo” (CA, Dedicatoria al excelentísimo señor don Antonio Cánovas del Castillo).

No obstante, alentaban en Valera resabios del uso del idioma español como instrumento hegemónico. La relación entre cultura e imperialismo que alentó su obra no superaba el eurocentrismo militante, al contrario, lo profundiza. Valera defiende la colonialidad lingüística, invocando los dispositivos institucionales de control idiomático. Este poder hegemónico lingüístico estaba representado por las academias del español. Su posición revelaba aquí un indeleble iberocentrismo epistémico:

A restablecer y conservar esta unidad superior de la raza no puede desconocerse que ha contribuido como nadie la Academia Española. Las academias correspondientes, establecidas ya en varias repú-

blicas, forman como una Confederación literaria, donde el centro académico de Madrid, en nombre de España, ejerce cierta hegemonía, tan natural y suave, que ni siquiera engendra sospechas, ni suscita celos o enojos.

[...]

Porque las literaturas de Méjico, Colombia, Chile, Perú y demás repúblicas, si bien se conciben separadas, no cobran unidad superior y no son literatura general hispanoamericana sino en virtud de un lazo para cuya formación es menester contar con la metrópoli” (CA, Dedicatoria al excelentísimo señor don Antonio Cánovas del Castillo).

[...]

“Las cuestiones de Gramática y de Diccionario, de unión de Academias de la lengua, de literatura española e hispano-americana, de versos y de novelas, escritos y publicados en español en ese Nuevo-Mundo, no son meramente literarias, críticas o filológicas: tienen mucho más alcance” (NCA, “Vocabulario rioplatense razonado”, Al señor Daniel Granada).

Sin embargo, las cartas de Valera revelaban una incipiente conciencia de la necesidad de relacionarse con los colegas hispanoamericanos en pie de igualdad, sin ningún elemento centralizador del hegemonismo epistémico euro hispánico. Esta ambigua contradicción se observa nítidamente en la apertura con que Valera defendió la entrada de los vocablos de origen amerindio en el español oficial; a su juicio, debían formar parte del diccionario de la RAE tan pronto formaran parte de la literatura de alguna de las repúblicas americanas. Analizando la poesía del argentino Rafael Obligado, Valera encontraba vocablos de origen indio que enriquecían el idioma común. De manera pública se impuso la tarea de llevarlo a cabo en su calidad de miembro de la RAE:

Gran satisfacción es para todos nosotros cualquiera gloria literaria que adquieran en América los ciudadanos de las repúblicas que salieron de nuestras antiguas colonias. Es algo que viene a acrecentar el tesoro de nuestra civilización castiza y a probar su vitalidad fecunda. Tan nuestras, tan españolas considero yo las poesías de usted, que me avergüenzo de no entender por completo aquellos vocablos que

significan objetos de por ahí, como aberemoa, guayacán, pacará, quinchar [...]; y si no están en nuestro Diccionario, como sospecho, quisiera definirlos bien e incluirlos en él” (CA, “Poesía argentina”, I, A don Rafael Obligado).

Así como nosotros, los peninsulares europeos, hemos impuesto a los hispano-americanos un caudal de voces, que provienen del latín, del teutón, del griego, del árabe y del vascuence, los americanos nos imponen otras voces que provienen de idiomas del Nuevo Mundo y que designan, casi siempre, cosas de por ahí (NCA, “Vocabulario rioplatense razonado”, Al señor Daniel Granada).

[Pues para él era evidente que] “cuanto se escriba en América, salvo en el Canadá y en los Estados Unidos, es de esperar que siga siendo literatura española (CA, “Poesía argentina”, I, A don Rafael Obligado).

La cultura hispánica era el eco a través del cual todavía se expresaba el viejo imperialismo constitutivo; el castellano era el afluente por donde corría la cultura hispánica. Las repúblicas hispanoamericanas representaban la España joven, el rebrotar brioso de la península al otro lado del océano. Esta imagen fue recurrente en la península, en sus diferentes versiones, desde los inicios de las independencias. América fue considerada como refugio de España, pero como otra España en América, desde Jovellanos (2010c) y Blanco White (2010a) hasta los refugiados de la República.

Valera tenía frente a sí el testimonio de la pujanza de nuevas naciones independientes que no dejaban por ello de encarnar versiones propias de lo hispano. Pasara lo que pasara a España, su continuidad como comunidad cultural estaría garantizada mientras el castellano prevaleciera en América. El imperio sobrevivía en la voz de los poetas de las naciones nuevas. Por primera vez en España se comenzaba a reconocer que el futuro del castellano y de la cultura en español podía jugarse en América, no en Europa. Lo que hoy es una realidad global, Valera lo intuyó sin ningún pesar: “la esperanza que hoy tenemos de nuestra inmortalidad colectiva, aun cuando ocurriese el grande infortunio de que se hundiera España o quedase desierta, ya que ahí o del otro lado de los Andes o en el rico Anahuac renacería España joven, poderosa y lozana, y pondría los recuerdos de nuestra gloria como dig-

no principio de la que nuestros hijos hubiesen ya adquirido o adquiriesen en lo futuro” (CA, “Poesía argentina”, I, A don Rafael Obligado).

No había ningún peligro. La llegada de grandes oleadas de inmigrantes europeos de Italia o Francia a Argentina era una ventaja. Estos nuevos ciudadanos engrosarían la cultura hispanoamericana y la harían más cosmopolita. Para Valera no cabía duda de que se “españolizaran” o, lo que era lo mismo, se “argentinaran”. Esta América española europeizada y las Españas cosmopolitas y jóvenes eran todavía naciones “blancas” que no contaban, o en todo caso muy poco, con el elemento indígena. Valera defendió que, al menos desde la literatura, este elemento autóctono tenía que jugar un papel fundamental en la cultura española predominante, al mismo nivel que lo jugaban la italiana o la francesa. A tal efecto, las Españas cosmopolitas en las que estaba pensando Valera debían terminar conformando una realidad geográfico cultural novedosa.

Valera quería incidir también en el europeísmo de América, en su esencialidad europea mezclada de indigenismo.⁹ El americanismo debía ser una forma de europeísmo, no su negación, de tal manera que el aire de familia del *nomos* europeo cubriera excéntricamente ambos hemisferios. Del viejo *nomos* imperialista europeo que fundó España por primera vez con su división global del mundo podría llegar a nacer una realidad nueva, no sometida al iberocentrismo (Herrera, 2010b) ni a su corolario histórico, el eurocentrismo que los Estados Unidos comenzaban a enarbolar en su versión americana excluyente.¹⁰

⁹ Sobre el carácter pionero de la obra de Valera en la positiva valoración estética (y sociopolítica) de la literatura iberoamericana, la profesora Pinero Valverde (1995: 204-205) escribe: “En el ensayo de Valera se reconoce por primera vez la plena autonomía de la literatura brasileña. Su mismo título “De la poesía del Brasil” es pionero. Se trata de un título que rompe con la tradición de presentar las letras brasileñas como simple apéndice de las de Portugal [...] Más aún: la incorporación de la mitología indígena a la tradición épica brasileña, la examina Valera en comparación con las culturas de Méjico y del Perú”.

¹⁰ Edward Said (1996: 19-20 y ss) señala lo que denomina “presencia” de Conrad en cuanto a su capacidad para prever la dinámica imperial de los Estados Unidos en América, especialmente en *Nostromo*, esta novela se publicó en 1904. Las obras de Valera sobre América aparecieron en 1889 y 1890 y en ellas ya se encuentran muchas de las evidencias sobre la pujanza imperial cultural de Estados Unidos sobre el territorio de la América hispánica. Frente a ella, él ya propone la acción cultural hispano americana como método de fortalecimiento frente al mundo anglosajón.

Lo que a mí me encantaría más sería ver trasplantada, en esa meseta de los Andes, con hondas raíces, lozana y llena de savia y de vida, la antigua civilización de la metrópoli; sería ver en Bogotá como un foco de luz propia, como un primer móvil de inteligencia castiza que, sin desechar, sino conociendo y estimando todo el moderno saber de los demás pueblos de Europa, imprime en cuanto hace el sello y el carácter de la raza española, con algo, además, de singular y exclusivo que la determina y distingue como colombiana (CA, “El Parnaso colombiano”, A don José Rivas Groot, I, 13 de agosto de 1888).

Lo hispanoamericano jamás volvería a reducirse a lo español, era algo más, podía llegar a convertirse en la vanguardia de una cultura que una vez nació en la vieja Europa. Este sería el resultado de la unidad entre territorios hermanos, no de la competencia. “La unidad de civilización y de lengua, y en gran parte de raza también, persiste en España y en esas Repúblicas de América, a pesar de su emancipación e independencia de la metrópoli. Cuanto se escribe en español en ambos mundos es literatura española, y, a mi ver, al tratar yo de ella, propendo a mantener y a estrechar el lazo de cierta superior y amplia nacionalidad que nos une a todos” (NCA, Dedicatoria al excelentísimo señor don Antonio Flores, Presidente de la República del Ecuador).

El futuro de la cultura española castellana estaba, a juicio de Valera, en América. Se congratulaba que la literatura castellana, que perdía fuerza en España, intensificaba su vigor en América. España se salvaba en América. La cultura hispánica no era, por tanto, una parte más de la cultura castellana, sino que constituía algo más rico, una pluralidad que fortalecía la raíz original española. Esta fortaleza y enriquecimiento con que América hacía renacer lo hispánico brotaban de su potencial cosmopolita. Si la cultura española había tenido vocación de universalidad, la cultura hispanoamericana dotaba de cosmopolitismo a una universalidad demasiado centrada en el mesetismo¹¹ de la metrópoli. América daría a luz la pujanza de lo hispano americano, como algo que abarcaba algo más de lo español y lo americano

¹¹ “Mesetismo”, aquí en el sentido de iberocentrismo, de perspectiva colonialista castellana, cuya orografía plana se presenta como trasunto político de una mirada sobre el otro igualmente sin relieve.

y recogía con naturalidad las influencias de origen europeo anglosajón y francés que se establecieron en el continente.¹²

Uno de los ejemplos humanos más prometedores en el destino superador de América no lo hallaba Valera en ninguna personalidad política prominente, sino en uno de los escritores más importantes de la literatura en español. La figura de Rubén Darío inspiraba al español un inmenso reconocimiento. Le consideraba la figura genuinamente cosmopolita de la cultura hispánica. La cultura conformaba una unidad superior que, rebasando la política, construiría una civilización renovada que no podía dejar de entroncar con lo político. La literatura común era la expresión de una realidad humana plural, la hispánica, que, en su vocación cosmopolita, se transcendía. El poeta es el custodio del imperio. “lo literario trasciende en estos asuntos a la más alta esfera política” (*NCA*, Dedicatoria al excelentísimo señor don Antonio Flores, Presidente de la República del Ecuador).

España y las que fueron sus colonias en América, convertidas hoy en dieciséis repúblicas independientes, deben conservar una superior unidad, aun rotos los lazos políticos que las ligaban. El importante papel que España ha hecho en la Historia del mundo, sobre todo desde que su nacionalidad apareció plenamente a fines del siglo XV, imprime a cuanto proviene de España, por sangre, lengua, costumbres y leyes, un sello exclusivo y característico que no debe borrarse” (*NCA*, “Tabaré”, A don Luis Alfonso, 30 de septiembre de 1889).

2. EL ÁNGEL DE LA HISTORIA HISPÁNICA

Valera, en este punto ya, hacía depender del Ángel de la historia hispánica toda su visión del futuro hispánico, como el destino hacia la conformación de una realidad global cosmopolita y a la vez íntimamente hispánica. La raíz romántica, ya algo descreída e ironizada, del realismo estético literario valeriano da lugar a una teoría de la historia

¹² “En la poesía colombiana, en la más original, en la más castiza, en la más española, hay un vago perfume, un dejo sabroso de poesía inglesa, que yo celebro, porque le da un gusto verdadera y naturalmente sentimental y le conviene muy bien...” (*CA*, “El Parnaso colombiano”, VI, A don José Rivas Groot, 8 de octubre de 1888).

que se centra en el pasado, pero se quiere libre para construir el futuro, sin determinismos.

En la imagen del pasado y del progreso universal que construyó Valera solo algunos pueblos del mundo habían tenido y tienen su ángel de la historia. Entre ellos, España figuraba como el primero en dejarse guiar hacia un destino global. El Ángel de la historia hispánica era solo uno de entre los ángeles de la historia europea que habían construido el mundo. Benjamin y Carl Schmitt¹³ habrían tomado buena nota de los párrafos valerianos que vamos a citar seguidamente. La ironía del escritor español habría resultado de gran provecho contra ciertos visionarios del *Völkgeist* y sus dulces tentaciones mesiánicas, reaccionarias y fascistas. En todo caso, Valera es representante de una cultura que sabe desencantarse antes de lo debido, por ello ha perdido las vanidades imperiales, quizá todavía con melancolía, pero ya demasiado consciente como para creer en ellas, hasta el punto de quedar reducida a fantasiosa ironía. En Valera, al igual que en Cervantes, el Ángel de la historia hispánica era una evidencia melancólica irónicamente mitigada, pero también irrenunciable como una realidad universal. La ironía imperial neutraliza la vanidad hegemónica pero no renuncia a ella, trata de controlar su sugestivo impulso pero no lo termina de lograr, pues el propio ímpetu imperial da vida y fuerza a la palabra que lo pone en tela de juicio. Lo que los hechos ya no logran, lo puede la fantasía literaria; la cultura y la literatura se elevan a la más duradera manifestación del espíritu imperial. Lo que permanece lo fundan los soldados para que siglos después lo canten los poetas y lo ironicen los novelistas. El poeta es el custodio del ser porque guarda en su canto la inercia de una esperanza que quiere ser una realidad sustantiva, que nada tiene que ver con la verdad y que lo único que desvela es su impotencia irónica a la espera de un futuro en que la risa quede arrasada por la fuerza de un espíritu de hegemonía renovado.¹⁴ Valera afirma:

¹³ Nos referimos especialmente a *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del "Jus publicum europaeum"* de Carl Schmitt (2002).

¹⁴ Sobre Hölderlin en Heidegger, véase el clásico *Hölderlin y la esencia de la poesía*. La reverencialidad con que Heidegger se toma a Hölderlin y la poesía quizá nazca, no de un exceso de sensibilidad poética, sino de todo lo contrario, de una total ausencia de agudeza irónica en el filósofo alemán que lo incapacitaba para leer literatura, si es verdad que la literatura en general y la poesía en particular, al menos desde Homero, es impenetrable sin

[...] creo (por manera vaga y confusa, es verdad) en los espíritus colectivos. Mi fantasía transforma en realidad sustantiva lo que se llama el genio de un pueblo o de una raza. Lo que es figura retórica para la generalidad de los hombres, para mí es ser viviente. Y al incurrir en tan atrevida prosopopeya, no me parece que incurro en paganismo ni en hegelianismo. ¿Acaso no cabe mi suposición dentro del pensar cristiano? ¿No consta del Apocalipsis que tenían sendos ángeles tutelares las siete iglesias del Asia? ¿No es piadosa creencia la de que cada individuo tiene su ángel custodio? Pues entonces, ¿por qué no ha de tener cada pueblo y cada raza un ángel custodio de más alta categoría y trascendencia, que ordene las acciones de los hombres todos que a dicha raza pertenecen, en prescrita dirección y cierto sentido, para que formen, dentro de la obra total de la humanidad entera, una peculiar cultura? Ésta, combinándose con el producto mental de otras grandes razas y nacionalidades constituye la civilización humana, varia y una en su riqueza, la cual, desde hace más de dos mil años, cinco o seis predestinados pueblos de Europa han tenido y tienen la misión de crear y de difundir por el mundo (NCA. “Tabaré”, 30 de septiembre de 1889, A don Luis Alfonso).

Valera se presentaba ahora románticamente como una pieza más del mecanismo del Ángel de la historia hispánica. Se pliega a él y lo adora, porque él, como poeta, custodia al ser: “Mi razonamiento [...] me induce y mueve, sin el menor escrúpulo de que alguien me acuse de herejía, a dar adoración y culto al genio, o, si se quiere al ángel custodio de la gente española” (NCA, “Tabaré”, 30 de septiembre de 1889).

Aquí conviene exhortar al desvelamiento de lo oculto en lo no dicho, expresado en la voz libre del poeta; sin embargo, Valera tuvo el mal gusto de fechar sus palabras, de no morir joven, de escribir palmaria y la mala suerte de no ser interpretado por un fino filósofo capaz de escudriñar lo fundador de su palabra. No obstante, al igual que algún poeta alemán, custodió la esencia de su pueblo, cuyos márgenes quedarían regados años después con cadáveres en masa; este

ironía. Quizá fuera saludable para cierta filosofía alemana releerse a la luz del Quijote. Esta “idiotéz” irónica, en el sentido psicológico de incapacidad mental para la captación de la ironía, es una condición que determina la constitución moral en el pensar.

genio de Valera, más vulgar, era el custodio de la esencia de lo español, que estaba más allá del decurso histórico político del imperio. Estaba por encima de España. El Ángel de la historia hispánica era uno de los dioses que encarnaban las formas de la civilización y se desplegaban a través de la acción en el mundo de un pequeño número más de ángeles. Lo único que lo diferenciaba de otros ángeles es que ya no tenía poder para la muerte; su fuerza de ser para la muerte estaba ya en manos de otros ángeles custodios. De esta conciencia de la impotencia para la muerte nace la ironía literaria como manifestación de su constitución homicida o como nostalgia de absoluto hegemónico.

Cada ángel se aparecía en la historia en forma de civilización. Cultura e imperialismo se desplegaban en el tiempo a lomos de ángeles hegemónicos. Por eso estaba más allá de la historia política de los imperios. Los imperios caían, pero las civilizaciones pervivían; el ángel sobrevive siempre a la ruina del imperio, en el cual da la espalda al futuro. Por tal motivo, Valera reconocía, aunque no le agradara como patriota, que los americanos que se independizaron del imperio de Fernando VII tenían legitimidad para hacerlo; esto no afectaba el vuelo histórico del ángel hispánico. Lo que verdaderamente consideraba un pecado imperdonable era la acción de cuantos actuaban como un ángel caído y renegaban de la civilización española, siendo ellos mismos hijos del Ángel Hispánico. Contra ellos, españoles o americanos, Valera lanzaba su anatema.

Este Ángel de la historia hispánica de Valera miraba hacia el pasado y no veía desesperación y sufrimiento, como querían los hijos del Ángel Caído, sino civilización, progreso y expansión del espíritu. Valera se presentaba como un nuevo misionero español que portaba la voz del Ángel Hispánico. Él predicaba una vieja verdad que transcendía la historia política de España para convertirse en misión eclesial de una iglesia literaria que extendía su credo por el mundo.

Valera no se engañaba, su talante ironista y su voz cervantina le impedían poner su pluma al servicio de la lucha contra molinos de viento. Conocía la realidad y, a pesar de su vena sentimental, no se dejaba engatusar por la mística historicista. El suyo era un ángel decaído, subalterno respecto de los nuevos ángeles de la modernidad. Francia, Inglaterra y Alemania dominaban el espacio global porque dominaban la técnica. En esto, el pobre Ángel Hispánico iba a remolque,

el andaluz no perdía la esperanza, pues consideraba que el mundo hispánico comenzaba a pujar nuevamente y de él sería el futuro, hasta elevarse y derramar su sombra angélica sobre la tierra:

Entretanto, el genio de nuestra raza, ¿duerme, nos abandona o qué hace? [...] yo entiendo que nos asiste y nos inspira aún
[...] Por dicha, en medio de este vasallaje, se nota ya, desde hace años, cierto prurito de emancipación. Nuestro espíritu va como barco llevado a remolque, en el mar o río del progreso; pero ya se siente agitado por el potente soplo del Genio de la raza, que tira a romper la cadena de los que nos van remolcando, y a dejarnos sueltos para que naveguemos por nuestra cuenta y riesgo (*NCA*, “Tabaré”, 30 de septiembre de 1889).

Esta singladura de la cultura hispánica con la que Valera soñaba no iba a ser liderada por España. La distinción entre metrópoli y colonias había pasado a la historia. Lo hispánico era una realidad global y potencialmente cosmopolita; no podía ser liderada por los criollos de manera excluyente. El Ángel de la Historia Hispánica daría a luz la gran realidad global de Hispanoamérica siempre que en su seno custodiara el elemento indígena. El Ángel de la Historia Hispánica era también el ángel que desplegaba el espíritu del indígena:

Empeñarse en buscar un sello especial y exclusivo que distinga una obra poética escrita en América, sería absurdo. Este sello, o acude sin que le busquen, o no acude. En esta ocasión ha acudido, y con omnímota plenitud [...] inspirado por el medio ambiente, por la naturaleza magnífica de la América del Sur, y por sentimientos, pasiones y formas de pensar, que no son sencillamente españoles, sino que, a más de serlo, se combinan con el sentir, el discurrir y el imaginar del indio bravo, concebidos, no ya por mera observación externa, sino por atavismo del sentido íntimo y por introversión en su profundidad, donde quien sabe penetrar lo suficiente, ya descubre al ángel (*NCA*, “Tabaré”, 30 de septiembre de 1889).

La civilización global que una vez puso un viejo país europeo en el suelo de América se había engrandecido con los elementos criollos y

europeos, sobre todo de Italia, Alemania e Inglaterra, pero su destino futuro debía incorporar la realidad indígena para conformar una realidad global que no era España, Europa, ni América, tampoco Latinoamérica. Valera hablaba de Iberoamérica, pero su proyecto conceptual era más ambicioso de lo que esta denominación expresa. Es evidente que su visión de la realidad hispánica no pudiera expresarse en su complejidad con el concepto de Euroamérica, el cual no expresa lo ibérico como una forma específica de lo europeo y lo americano para ofrecer un cajón de sastre, cuya reversibilidad puede servir para designar ámbitos civilizacionales poco claros o propuestas de futuro halagüeñas pero abstractas.

Valera, sin señalarlo expresamente, es el antecedente fundamental de una nueva idea de Hispanoamérica, en tanto realidad hispánica global, cosmopolita, no reductible a lo angloamericano ni a lo europeo ni a lo español, sino que se construye con todos estos elementos y tiene presencia espacial en todos estos grandes territorios.

No sabemos, por tanto, de qué estarán compuestas las nuevas ruinas que habrá de contemplar el Ángel de la Historia en el futuro, pero lo que sí parece claro es que merece la pena luchar por la creación de una utopía poscolonial, en donde la ironía asuma su herencia genocida, pero sirva ya como palabra crítica de liberación. Trabajos como este quieren aportar un grano de arena a la tarea de construir una realidad humana común excéntrica, en donde no haya nunca más centros epistémicos hegemónicos y en donde la palabra *patria* invoque el trabajo común de una cultura que, sin olvidar ingenuamente la memoria imperial del yugo, hace del idioma impuesto por el ancestro homicida una herramienta en propiedad para la liberación, porque como puede leerse en una de las vallas de la frontera de México con Estados Unidos “También de este lado hay sueños”.

BIBLIOGRAFÍA

01. Benjamin, Walter (2008), “Sobre el concepto de historia”, en *Obras*, libro I, vol.2, Madrid, Abada Editores.
02. Beorlegui, Carlos (2004), *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad*, Bilbao, Universidad de Deusto.
03. Halperín Donghi, Tulio (1975), *Historia contemporánea de América*

- Latina*, Madrid, Alianza.
04. Heidegger, Martin (1994), *Hölderlin y la esencia de la poesía*, Barcelona, Anthropos.
 05. Herrera Guillén, Rafael (2010a), “Blanco-White y América. La escisión del mundo hispánico”, *Scienza & Política. Per una storia delle dottrine*, vol. 22, núm. 43, pp. 17-46.
 06. Herrera Guillén, Rafael (2010b), “El ‘iberocentrismo’ liberal español ante las independencias Latinoamericanas”, en Eduardo Rey Tristán y Patricia Calvo González (ed.), *Actas del XIV encuentro de Latioamericanistas españoles: congreso internacional 200 años de Iberoamérica (1810-2010)*, Santiago de Compostela, pp. 60-73.
 07. Herrera Guillén, Rafael (2010c), “Jovellanos y América. El temor a un mundo escindido”, *Araucaria: Revista Iberoamericana de filosofía, política y humanidades*, núm. 23, pp. 76-93.
 08. Herrera Guillén, Rafael (2012), “Álvaro Flórez Estrada y la reconciliación entre España y América”, *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, núm. 27, pp. 132-156.
 09. Herrera Guillén, Rafael (2016), *Adiós América, adiós. Antecedentes hispánicos de un mundo poscolonial (1687-1897)*, Madrid, Tecnos.
 10. Pinero Valverde, María de la Concepción (1995), “Un pionero de los brasilianistas: don Juan Valera”, *Actas del XII Congreso de la AIH*, http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/12/aih_12_4_027.pdf. Consultado el 18 de diciembre de 2015.
 11. Portillo, José María (2004), “Los límites del pensamiento político liberal. Álvaro Flórez Estrada y América”, *Historia Constitucional*, núm. 5, p. 49, <http://hc.rediris.es/05/indice.html>. Consultado el 18 de diciembre de 2015.
 12. Said, Edward (1996), *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama.
 13. Schmitt, Carl (2002), *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del “Jus publicum europaeum”*, Granada, Editorial Comares.
 14. Valera, Juan (2000), *Nuevas cartas americanas*, Madrid, Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/nuevas-cartas-americanas--0/>. Consultado el 18 de diciembre de 2015.
 15. Valera, Juan (2001), *Cartas americanas*, Madrid, Alicante: Biblioteca

Virtual Miguel de Cervantes, edición digital a partir de Obras completas, http://bib.cervantesvirtual.com/servlet/sirveobras/vlr/12260067559008288532624/p0000001.htm#I_1. Consultado el 18 de diciembre de 2015.

16. Valera, Juan (2003), *Ilusiones americanas*, Sevilla, Alfar.

RAFAEL HERRERA GUILLÉN. Doctor Europeo en Filosofía. Profesor de la Facultad de Filosofía de la UNED (España). Recibió el Premio Extraordinario de Doctorado, el Primer Accésit, Premio de Ensayo en Sociología Fermín Caballero y fue finalista al Premio Hislibris de Literatura Histórica. Ha sido profesor e investigador de diferentes universidades: Stanford University, University of Leeds, Università degli Studi di Padova, entre otras. Ha escrito monografías como *Adiós América, adiós. Antecedentes hispánicos de un mundo poscolonial (1687-1897)* (2015) y *Breve historia de la utopía* (2013); coordinó el libro de *Utopía y poder en Europa y América* (2015) y el de *Maquiavelo en España y Latinoamérica* (2013). Sus líneas de investigación: la formación del espacio intelectual atlántico hispánico (América-España), en especial las relaciones entre imperialismo y utopía.